

El mapa movedizo

Villoro, Juan

Juan Villoro: Escritor y ensayista mexicano. Su último libro publicado es *Palmeras de la brisa rápida* (1989).

Debo a dos coincidencias mi iniciación en el Número. La primera ocurrió en una calle junto al Templo Mayor. Me distraje viendo el trabajo rápido, casi frenético, de los obreros que abrían una zanja. Gruesas paletadas de tierra salían a la calle. Pensé que se trataba de una maniobra para inyectar cemento al subsuelo y compensar el hundimiento de la ciudad. Vi la excavación hasta que una paletada cubrió mis zapatos. Me quedé absorto: bajo el polvo había un resplandor iridescente. En efecto, una flecha de obsidiana.

No es raro encontrar navajas de ónix, trozos de tepalcate, noticias rotas, imperfectas, de los antiguos señores del altiplano. Sin embargo, aquel objeto que el sol hizo vibrar en mi mano estaba intacto. ¿Una flecha no disparada? Puede ser. De cualquier forma, había algo demasiado preciso en ese triángulo de cristal negro; más que a un designio militar parecía servir a uno simbólico: una flecha que representa una flecha. ¿Adónde apuntaba? Mi mano se cerró en un puño antes de que otra mirada codiciosa la descubriera. Regresé a casa, con la sensación de haber rescatado algo de la ciudad sumergida en nuestras calles. Fuera de su tiempo, aquel signo reposaría en mi bolsillo como un cristal desactivado. Al menos eso creí.

La segunda coincidencia ocurrió meses después, en las faldas del Ajusco. Había ido ahí para ver el valle, el cerco de montañas, la nítida división entre el cielo lapizlázuli y el miasma que cubre la ciudad como una bruma lóbrega. Los edificios se perfilaban en una atmósfera vacilante. Una ciudad vencida, probablemente abandonada. Muy al fondo, la aguja de la Torre Latinoamericana hendía una nube oscura; Bellas Artes era un bulto curvo; más cerca, la inmensa rosca del estadio Azteca se abría como el mausoleo a un dios sin nombre. Sé que de noche la ciudad palpita como una galaxia desordenada y poderosa pero en ese momento agradecí la lava que una vez salió del Ajusco, y quise que volviera a salir. Ignoré la recomendación de no beber. A 2800 metros de altura el mezcal hace otro efecto, según comprobé a la tercera copa. El frío y el agradable asombro de estar rodeado de pinos, en ese refugio montañoso donde se crían las ovejas y se cultivan las flores de la ciudad anegada en humos allá abajo, me hicieron pedir la cuarta copa. Cuando llegué a la capilla de Santo Tomás estaba más que achispado. Los lugareños habían hecho un

frontispicio de semillas: las manos de Jesús eran de garbanzo y sus cabellos de maíz. Ver para creer, leí la inscripción en la puerta, labrada con una tosca navaja. Quiso la casualidad que sacara mi punta de obsidiana. La había guardado como amuleto de buena suerte, pero se convirtió en un remedio contra la psicosis. Ante los elevadores que nunca llegan o las colas interminables, un movimiento maquina me hace sacar la flecha; los minutos tensos que otros llenan con un cigarro o jugando con sus llaves, los ocupo frotando mi flecha. En ocasiones advierto mi inquietud sólo después de sacar el amuleto. Sin embargo, nunca me había pasado lo que entonces. Un vendedor de calendarios, que ofrecía una madona de seis colores al lado del karateca Bruce Lee, se acercó de prisa. Me preguntó mi número.

- Si, su número - repitió. Sus ojos tenían un brillo molesto que atribuí a la inhalación de thinner. En lo que a mi toca, la intoxicación de alcohol retardaba mis reacciones; lo escuché más tiempo del que en otras circunstancias hubiese creído necesario. El hombre tenía un rostro viejo y terso: las arrugas se insinuaban bajo la piel, como si el aire delgado de la montaña las contuviera en un estado larvario. Su cuello estaba rodeado de emblemas: un collar indio de semillas, exvotos de lámina (distinguí un corazón, unas muletas, un brazo), un escapulario. Tal vez quería agregar mi flecha a su colección. El caso es que habló mucho y en gran desorden. Mencionó plazas, códigos de la ciudad que a esa hora me parecía fabulosamente inexistente.

- ¿Cuántas calles se llaman Zapata? - sonrió con dientes cariados -. Busca al hombre de los martillos. En la catedral - su voz no era imperiosa; más que una orden, me daba una oportunidad, me señalaba, me incluía en su mundo inconexo. Le di las gracias. Casi sentí alivio de regresar al valle en el que se encendían las primeras luces.

Habrían pasado unas semanas cuando tomé un taxi una tarde de lluvia. Indiqué la dirección a la que iba.

- Usted me dice por dónde - respondió el taxista con total naturalidad: nadie podía exigirle que conociera las calles de una ciudad inabarcable.

Vi el tablero forrado de peluche, presidido por una virgen de plástico, llena de agua de colores; la palanca de velocidades tenía por mango una cabeza de muñeco. Saqué mi flecha y, lejos de calmarme, me recordó la visita a la montaña. La froté, nervioso, tratando de borrar la estadística que empezaba a trabajarme; una, dos, mil calles Zapata.

Nadie ignora que los nombres de las calles se repiten como si hubiera diez ciudades superpuestas. ¿Cuántas se llaman Zapata? Al volver a casa consulté la Guía Rojí. Ahí estaba la respuesta, nítida y atroz: 179. El número bastaba para construir un laberinto. Por curiosidad busqué otras: 215 calles Juárez, 269 Hidalgo... me extravié en esa insensata geografía de héroes repetidos. Recordé la segunda parte del encargo pero no fui a la catedral.

He perdido la cuenta de los fines de fiesta en los que un entusiasta propone ir a escuchar mariachis y la cansada mayoría se impone para comer tacos; sin embargo recuerdo la madrugada en que un arquitecto habló de un tema improbable a esas horas, el hundimiento de la catedral: «La nave se hunde y el ábside se queda así», un cenicero era la nave y una azucarera el ábside. El reto de los arquitectos, explicó, es hundir el ábside al mismo ritmo que la ciudad. Desde que los aztecas secaron el lago se había empezado a construir en contra de ese subsuelo inestable, mezcla de fango y roca; ahora, el reto consistía en hundirnos de un modo parejo, gobernable. Recordé la zanja de la que saqué mi flecha. Tal vez esto me animó a regresar al centro.

Me demoré ante el altar de los ángeles y salí al atrio donde obreros y artesanos piden trabajo exhibiendo sus herramientas en la acera. Vi sopletes de plomería, serruchos de carpintero, una larga fila de martillos:

- 179 - dije.

Los martillos no eran tantos, pero el hombre supo a qué me refería. Por lo menos empezó a hablar, como si no hubiera hecho otra cosa en la tarde que esperar a un interlocutor. Los labios le temblaban antes de cada frase. Mi presencia parecía haberle alterado el tiempo: después de horas ante una tarde inmóvil, tenía unos minutos para soltar su información.

Vi sus martillos viejos. Curioso que los exhibiera para promover su oficio; las herramientas se encontraban en un estado lamentable; además, ¿qué trabajo se hace exclusivamente con martillos? Desvié la vista a la plaza. El aire infló la bandera que descendía ante un piquete de soldados.

Trompetas, una diana de hojalata. Un batallón llegó a doblar con mucho cuidado aquella bandera enorme. La maniobra terminó entre redobles. Botas, botas, botas con agujetas blanquísimas. El hombre dejó de hablar. Oscurecía en el Zócalo. De algún modo, entendí que me había dado un mensaje.

Esta vez se trataba de un encargo más complejo. Tuve que registrar todos los teléfonos que empiezan con 73 ó 48 y dictárselos a un escritor público de la plaza de Santo Domingo.

El evangelista ya se aprestaba a escribir una carta de amor para un novio analfabeto cuando se volvió hacia mí, como si recordara algo. Señaló las palomas que revoloteaban en la plaza y, más allá, la antigua Facultad de Medicina. Me pidió un croquis del museo médico y, sin solución de continuidad, un inventario de los organilleros.

La música de los cilindros siempre me ha deprimido. En cuanto un organillero apoya su aparato en la pata de palo saco unas monedas con la vana esperanza de que se vaya con su piratería a otra parte. No hay remedio: escucho las tres piezas de rigor.

Sin embargo, en esta ocasión me divertí recorrer plazas y kioscos en pos de su repertorio errante. Hasta entonces daba por hecho que las tonadillas eran viejas, casi atávicas. Nada de eso, se trataba de canciones muy recientes que al pasar por el cilindro adquirirían un aire lunático.

En otros encargos advertí la misma puesta al día de un orden arcaico: conté los aerosoles que alejaban espíritus en el mercado de los brujos y los hologramas que servían de exvotos en la Basílica de Guadalupe.

No sé por qué cedí a ésta y otras tareas. Nunca repetí una comisión ni volví a ver a quien me la encargaba. Mi vida se volvió entreverada, acaso más interesante. Fui a baños de vapor, al canal espeso que queda del antiguo lago, a un ring donde entrenan pesos mosca, al salón de baile donde la Sonora Dinamita estalla sus trompetas, a la central de abastos donde se trafican las verduras de madrugada, a un barrio residencial donde el dinero patrocina delirios (vi un castillo Tudor con grecas mayas, una mezquita con almenas medievales, una hacienda de adobe con mansardas). Algunos encargos eran de una minucia enfermiza, agravante. Aun así, no protesté. Tracé la ruta del desaparecido autobús urbano Sonora - Jamaica - Peñón; levanté inventarios de los animales que integran la vastísima ganadería de azotea y de las farmacias que se llaman como iglesias; entrevisté a los malabaristas y escupefuegos que asedian a los coches; llené cassettes enteros con los profetas que gritan sus apocalipsis afuera de los mercados; seguí a las mujeres de lentejuelas que atraviesan una ostionería y se hunden en la noche de un traspatio incierto; copié un sinfín de graffittis: Las constelaciones están caducas en la barda rosa de un convento de Tlal-

pan. Fúmate un muro en el palacio de un conquistador español en Coyoacán, ¡Kafka! en una cerrada Chimalistac.

Una madrugada me encontré contando cables de luz entre las tolveneras de Chalco. Un cable colgaba hasta la tierra. De algún modo supe que se trataba de un cable muerto, que podía tocar sin daño. Lo recogí, lo enrollé en mi antebrazo, lo fui siguiendo por calles de polvo, olorosas a mierda y a cebolla frita. Los desperdicios - que a veces formaban casas - se perdían en el horizonte; el viento traía papeles muy lejanos; el cable crecía en mi brazo como una extremidad fantástica; atrás de mí ladraban los perros, unos perros amarillentos, hechos para una obstinada resistencia, para dormir en pasos a desnivel y comer cartones, jícamas, salsas picantes. Al cabo de unas horas me di por vencido. Imposible encontrar el poste del que nacía el cable: el cielo de Chalco era una red voraz, que tragaba infinitos cables de luz robada. Salí de esa ciudad perdida en la ciudad siguiendo a un anciano que cargaba un palo del que pendían dos baldes de agua. Estuve a punto de lanzar mi flecha a una zanja llena de espuma de detergente.

La siguiente pesquisa tuvo que ver con la población. Nací en una ciudad de 3 millones de habitantes; ahora somos entre 18 y 20, nadie sabe con certeza. ¿Qué ciudades caben en nuestra diferencia? Me perdí en la vana metafísica de encajar a Turín, Ginebra y Arequipa en nuestro margen de error.

Con el tiempo, mis afanes se volvieron de una exactitud aún más extravagante: conté las caídas del Hijo del Santo en la lucha libre, recogí un puñado de confeti tricolor en un mitin del Partido Oficial, deposité cartas en buzones ciegos, deslicé un billete falso en las manos de un policía de crucero, conté los globos en forma de pulpo en la Alameda y las estatuas de licenciados de bronce, con chaleco y corbata dejé un reporte en la tribuna de sol de la plaza de toros, escribí un artículo sobre nuestros seis millones de ratas y nuestros 300 bomberos. Una noche, por teléfono, me pidieron ocho cuartillas sobre la ciudad para una revista de Caracas. Este trabajo de resumen para una publicación seguramente ficticia me produjo un arrebató de molesta lucidez, demasiado parecido a la locura. Fue entonces que pensé en el mapa. Hasta ese momento la errancia por la ciudad me había entretenido como una exploración, un escape sin otro propósito que hacer impredecibles mis jornadas. Por primera vez sospeché una lógica, un diseño inteligente en los encargos que había creído azarosos. Servíamos a un plan. Lejos, en otro sitio, alguien reunía la información que una multitud de hombres dispersos cambiaba con palabras rápidas. Sentí, quizá con excesivo orgullo, que pertenecíamos a una secta, a un grupo amante del secreto y los detalles. Nuestros conteos debían formar un dibujo oculto.

En la memoria reunida pervive otra ciudad, dúctil, caprichosa, tal vez nuestra. Contar las palmeras taladas o los pájaros caídos en el aire muerto es una forma de retener algo de la ciudad que nos excede y nos confunde. Curiosamente, en cuanto sentí el vértigo de obedecer a un destino superior, acaso heroico, cesaron los encargos. Fui enviado a una dirección falsa, a un muro donde nunca hubo puerta.

Como de costumbre, recurrí a la primera opción para mitigar las horas de libertad: un cine. Un cartel en colores rabiosos promovía ¡La película más cara de la historia! Las escaleras de entrada al Latino estaban llenas de mujeres de una gordura inverosímil que comían pepitas y ofrecían boletos al triple.

Memoria total se ubicaba en el futuro y había sido filmada en mi ciudad. Reconocí esa arquitectura colosal, hecha para ningún presente, donde se extreman el pasado y el futuro: pirámides como eficientes colmenas.

Aquel escenario familiar representaba en la pantalla una modernidad en decadencia, donde el apocalipsis ya había ocurrido. ¿Qué arrebato nuclear, qué terremoto, qué epidemia había producido esa ciudad común, idéntica a la que me aguardaba fuera del cine?

Al salir fui a una cuneta en la carretera del Ajusco que sirve de inmejorable puerto de observación. Vi un cielo anaranjado, húmedo. El sol descendía, parsimonioso, en un crepúsculo químico. Recordé los sitios a los que había ido en los últimos meses, las cosas que habían pasado por mis manos, las pedaceras de esa ciudad infinita y por primera vez estuve a punto de trabarlos en una historia personal. Un resto de cordura me hizo saber que la historia no existía: tenía los datos reales para construir un pasado que jamás tuvo lugar. Toda esa información me había transformado en un cuerpo lleno de detalles que no me pertenecían del todo, una sombra activa, estimulada por recuerdos falsos, ante una vida que ya no era la mía. Algo, sin embargo, había fallado. Los encargos cesaron cuando empezaron a parecerme lógicos. Pensé, con una altanería sólo equiparable a mi temor, que de un modo secreto, inescrutable, me había convertido en enemigo.

Contemplé el valle: la ciudad seguía latiendo, mas allá de la catástrofe y sus soles anaranjados.

Regresé, lo confieso, deseoso de encontrar en mi casa otro mensaje incomprensible.

No volví a recibir encargo alguno.

Ayer, en la casa frente a mi casa - siempre una pared enfrente de otra -, apareció un número de cal. Creo que indica el fin de mis tareas. Por alguna razón, los dueños del mapa no quieren que prosiga. El número debe ser mi recompensa. O algo más: alguien, en alguna parte, me ha clasificado. No reproduzco la cifra fatal por temor a quedar fijo en el mapa. Baste decir que durante horas revolví mis ropas y cajones en busca de la flecha obsidiana. No la encontré.